

LITORAL CELESTE, poesías por Antonio Massís. Edit. Yunque, Santiago.

Como destellos intermitentes de una aurora que pretende despertar con nuevas luces las adormiladas tonalidades de la Poesía, esta poesía de hoy, un tanto indecisa, a pesar de haber sonado ya hace tiempo su hora zodiacal, va retardando a los curiosos ojos de nuestro espíritu, la plena manifestación de sus fuerzas y fulgores. Surgirá, probablemente, el imperio de esta nueva aurora—quizá ya ha surgido; quizá ya está tocando a su orto crepuscular—; surgirá y estallará, no en coros de sacríficos arrebatamientos ni en himnos dionisiacos de armonías, ni siquiera en humanos ritmos emocionados, sino en un ofuscador estruendo de selvas africanas. Surgirá al cabo, y nos deslumbrará los primarios sentidos con su opulencia salvaje de colores y desarmonías, a través de los cuales zigzagueará acaso, «malgré tout», la esquiva afirmación de alguna que otra sugrencia. Pero, mañana... ¿quién podrá recordar la confusión a toda orquesta del espectáculo?

Place, pues, oír, de entre esta transitoria algarabía poética, alguna voz que quiera definirse, alguna cosa que busca establecer su raíz en la honda efectividad de lo permanente. Así este poeta joven, en cuya frente ha dejado su caricia el dedo puro de la belleza. Deslumbrado momentáneamente con los abalorios y novedades antiquísimas de una sensibilidad sin sentido, el autor de este «Litoral celeste», nos halaga ahora, a fuerza de natural ingenio, con las consabidas imágenes arcaicas, disfrazadas y remozadas de vanguardismos, revestidas algunas de ellas, por la tibia generosidad del poeta, con un ligero velo de emoción.

Es, precisamente, esta escondida emoción de Antonio Massís, su signo, y su sino, en su propio porvenir poético.

Más plenamente, tenemos que reconocerle y alabarle un

espontáneo poder de sugerencia—condición ésta, la más afín y única quizá, al arte de vanguardia—, en las poesías de este libro:

«El niño nada dice. Porque ha muerto
con un puente tumbado de abejas en la boca;
con párpados de alondra le haría yo una almohada
y en sus ojos redondos, un silencio sin olas».

(«Fantasía del niño muerto...» p. 87).

Un silencio sin olas... Bella metáfora.

Bien. Si el fondo—sin fondo—de esta poesía nueva es, como creemos, la sugerencia ¿qué quiere decir entonces el tercer verso, por ejemplo, de la estrofa citada: «con párpados de alondra le haría yo una almohada?».

Alondra, párpados, almohada... ¿qué relación tienen con un niño muerto? ¿La relación tal vez, de lo que está muerto y de lo que duerme? Entonces habría que decir: «una almohada levemente musical para el niño que está como durmiendo...»?

Indiscretas reminiscencias a García Lorca y a Neruda, y aún, al prologuista mismo Omar Cerda, nos hacen pensar indiscretamente, al leer algunos poemas de «Litoral celeste» (Anabella», «Recuerdo de mi hermano muerto...», etc.) en posibles y cuasi inevitables influencias de aquellos poetas sobre este poeta. «Quién a buen árbol se arrima...». Pero, ya el árbol joven de este nuevo poeta dará su propia sombra. Una bella sombra acogedora.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



LA CULTURA OCCIDENTAL Y LA CONTIENDA EUROPEA, por *Carlos Vergara Bravo*

Se trata de un pequeño libro que por su contenido y por la firma que lo rubrica produce, en cambio, nutrida resonancia.